

OCHO DÍAS DESPUÉS LLEGO JÉSUS- Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 20,19-31

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: -- ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: -- Recibid el Espíritu Santo.

A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos cuando Jesús se presentó. Le dijeron, pues, los otros discípulos: -- ¡Hemos visto al Señor! Él les dijo: -- Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Luego dijo a Tomás: -- Pon aquí tu dedo y mira mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Entonces Tomás respondió y le dijo: -- ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: -- Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron. Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

En el segundo domingo de Pascua, el evangelista Juan, nos propone el episodio de la manifestación de Jesús resucitado a sus discípulos. Es un episodio importante para comprender de qué manera la comunidad de Jesús ha comprendido que la vida es más fuerte que la muerte, y que la tiniebla no puede nunca sofocar a la luz.

Este episodio tiene como personaje central a Tomás, uno de los discípulos. Para comprender su posición y reacción a lo que dicen los otros discípulos que han visto al Señor, hay que superar el prejuicio acerca de este discípulo que ha pasado a la historia por desgracia, con el

título del “incrédulo Tomás”. Esto no es así. En el evangelio de Juan, Tomás es uno de los discípulos que más se identifica con Jesús.

En el capítulo 11, el de Lázaro, cuando los discípulos tienen miedo de ir con Jesús a Jerusalén porque saben que allí lo quieren quitar de en medio, Tomás es el único que afirma con mucho coraje "vamos también nosotros a morir con él". Tomás ha comprendido lo que significa ser discípulo de Jesús, no dar la vida por él, como pensaba Pedro que al final lo niega y traiciona, sino dar la vida con él por el bien de los demás o por una causa por la que uno esté dispuesto a dar la vida. Por eso, este discípulo recibe un apodo, "dídimo" (el mellizo). Mellizo de Jesús, en el sentido en que se identifica totalmente con su enseñanza y con su propuesta, estando dispuesto a dar su vida por la buena noticia del reino.

Por otro lado, en el evangelio de este domingo, se afirma la grandeza de este discípulo. Al final del episodio, Tomás, hará la profesión más grande de fe al declarar hacia Jesús las palabras más importantes de todo el evangelio al decir: "Señor mío y Dios mío". Decir esto respecto de Jesús que ha sido clavado en una cruz y ha tenido una muerte infame como el peor de los criminales, y que ahora resplandece de la gloria divina, es reconocer a Jesús como al mismo Dios, y Señor suyo. No puede ser la figura de un incrédulo quien diga esto, sino todo lo contrario, la figura de un discípulo que quiere llevar al máximo de su experiencia lo que ha sido la enseñanza de Jesús.

El problema, según Juan, consiste en que tras la muerte de Jesús, los discípulos andan muy asustados. Ya anochecido, en el primer día de la semana, las puertas de la casa estaban atrancadas, cerradas con cerrojos por miedo a los dirigentes judíos. El grupo de discípulos está aterrorizado. No quiere ser descubierto por las autoridades judías, pues teme acabar como acabó Jesús, en el patíbulo.

“Ya anochecido” es siempre elemento negativo en el evangelio de Juan. Significa la oposición a la luz, estar cerrados a la enseñanza de Jesús. Por eso, a esta comunidad que vive encerrada en su miedo, se le manifiesta Jesús el resucitado para liberarla y darle la misión de ser ellos portadores de la luz y de la misma propuesta de vida de Jesús.

Entre este grupo de discípulos que viven asustados no se encuentra Tomás. Él no tiene miedo a ser localizado y capturado por las autoridades religiosas y acabar como el maestro. Es por esto que cuando los discípulos le cuentan que han visto al Señor, por una parte le gustaría creer realmente, como cuando uno recibe una buena noticia y dice: "no puedo creérmelo", pero, por otro lado, como fiarse de los discípulos que han abandonado a Jesús y se han encerrado por miedo a ser descubiertos por las autoridades judías. A todo esto va a poner equilibrio y luz verdadera el Cristo resucitado.

Cuando Jesús se manifiesta a esta comunidad de discípulos en la que por ahora falta Tomás, las primeras palabras que Jesús pronuncia, invitan a la confianza: "Paz con vosotros". La paz es el deseo más profundo que se pueda ofrecer a otra persona; para que su vida se puede vivir de la mejor manera posible; para que nada falte a esa vida de manera que la pueda sentir con toda su riqueza y posibilidades de poderla desarrollar sin obstáculos ni límites. La paz da plenitud a la persona. Esto es lo Jesús desea a sus discípulos, que no merecían todo esto, pero que demuestra la calidad de amor del maestro, que superada la muerte, puede ahora con más fuerza comunicar el espíritu de vida y el amor que siempre ha mostrado hacia los suyos.

Jesús no solamente ha deseado la paz a sus discípulos, sino que enseguida ha mostrado las llagas en manos y costado. Esto indica que la suya no es una paz que se anuncie sólo de palabra, sino que se acompaña con gestos de vida; la vida que Jesús ha sabido comunicar para demostrar de que manera el Padre quiere llevar a cabo la realización de su proyecto. La paz de Jesús es auténtica, ya que la hace creíble estas señales que no se podrán cancelar, pues quedan en sus manos y costado como prueba más evidente de un amor que se ha donado de manera total, sin poner límite.

Los discípulos se alegran de ver al Señor. Por fin se pierde el miedo. Jesús tras desearles de nuevo la paz, ha soplado el espíritu sobre ellos, dando la fuerza de vida para que puedan prolongar en la historia esta propuesta de amor incondicional, y construyan la paz, fruto de la justicia y el desarrollo del bien de los hombres, y sobre todo saber dar la vida, para que esta paz a través de gestos concretos, señales, cicatrices concretas de vida, sea creíble para las personas.

Tomás no estaba presente en ese momento; por eso, querer meter sus dedos en las yagas de las manos y costado, es un desafío que Tomás pone a esa comunidad que le ha querido contar su experiencia.

Ocho días después, cuando la comunidad se encuentra reunida (el número ocho significa el día en que la comunidad se reúne para celebrar la vida, el domingo), Jesús de nuevo se manifiesta. Tomás será invitado y podrá tener esta experiencia profunda de Cristo resucitado. Tomás claro está, no meterá sus dedos en las yagas ni en el costado de Jesús. Le basta con escuchar la voz del maestro. Esa voz acaba con una invitación a ser personas que pueden creer sin necesidad de ver. Dichosos, dice Jesús, los que, sin haber visto, llegan a creer.

Esta es la verdadera bienaventuranza. Demuestra que la luz de la resurrección brilla en la vida del discípulo cuando es capaz de dar la vida, como Jesús, por el bien de los demás, sabiendo que en esa vida brilla la cualidad de un amor que hará la vida indestructible y que la muerte no podrá nunca acabar.